

Con la presente edición iniciamos un nuevo momento de la vida de *Maguaré*, revista del Departamento de Antropología. Luego de veinte números y a más de un cuarto de siglo de su nacimiento, los temas que son objeto de la antropología, en el amplio sentido en que se enseña y se aprende en la Universidad Nacional de Colombia, continúan siendo el espectro de conocimiento del que la Revista se nutre. Como es de esperar, existe una convocatoria abierta y permanente que recoge las discusiones nacidas en el desarrollo de la vida investigativa; en consecuencia, el material que acopiamos es diverso en sus temas, estrategias de campo, estilos narrativos, opciones teóricas y opciones políticas. Sabemos que dicha diversidad es propia de la antropología y nos enorgullecemos de ella. Sin embargo, porque tal amplitud requiere profundidad, creemos importante señalar, en cada número, conjuntos temáticos que le permitan al lector un rango de discusiones que desborden la singularidad de los artículos.

Tenemos en el presente número cuatro legajos de documentos: *Pioneros, Política y mitología en las Américas, Sobre la violencia* y *Con Bourdieu*. El espíritu de esta disposición de secciones responde a dos condiciones normales. La primera, que buscamos en este número, y lo haremos en los siguientes, tener un *dossier* con documentos que dialoguen en torno a un tema de interés; para el caso, reflexiones sobre los orígenes de la antropología en Colombia y de la antropología en general. La segunda condición, que por el amplio rango de temas que nos competen (antropología social, antropología histórica, arqueología, antropología biológica y antropología lingüística) debemos buscar conformar grupos con el material que cumple nuestros requerimientos. Consideramos pertinente dibujar algunos de los múltiples senderos de discusión que nos plantea el número 21 de *Maguaré*.

### Historia y antropología

Conocemos la preocupación de las ciencias sociales en Colombia por reconstruir, si se quiere, la historia de los campos disciplinares justamente en el momento en que los límites se han vuelto más difusos y surgen propuestas que tienden a desdibujarlos por completo. Sin ser de nuestro interés evaluar los alcances de esas corrientes

in-disciplinadas (habría que pensar en un conjunto de artículos que en primera instancia hiciese algún balance de estas), constatamos que a la vez hay un movimiento de reflexión sobre la naturaleza de las disciplinas, que, de preferencia, ha sido histórico. Tal es el caso de la historia de la antropología, que en la búsqueda misma siempre ha tendido hacia una antropología de la antropología. Precisamente, en esa disyuntiva entre historia o antropología de la disciplina se ubican los documentos del *Dossier pioneros*.

*Dossier pioneros* consta de cinco artículos. Dos de ellos constituyen sendos acercamientos a Eliécer Silva Celis y José Rafael Arboleda. El artículo del profesor Rodríguez revisa los aportes del arqueólogo boyacense a la luz de sus estudios sobre la sociedad muisca, la antropología simbólica, la arqueo-astronomía y la bioarqueología en Colombia. Ve en Silva Celis un compromiso con la causa muisca que recuerda las reflexiones sobre el lugar especial de las antropologías llamadas “periféricas” en relación con la constitución de las naciones modernas; por lo mismo, plantea un tema que merece mayor atención, el del papel político de la arqueología y la bioarqueología. ¿Existe una “causa” cuando nos referimos a una sociedad que los estudiosos suponen desaparecida? ¿Cuál fue la relación entre estos pioneros y los descendientes de los pueblos cuyas huellas fueron estudiadas? ¿Cuál es el lugar de los muisca contemporáneos en relación con los herederos de los pioneros? Este documento del profesor Rodríguez constituye un abre bocas para revisar cuestiones que sin él no estaríamos considerando. Las que él dilucida ya significan un aporte al estudio de la historia de nuestra disciplina.

En el mismo sentido, Pulido se ocupa de la obra de José Rafael Arboleda. Dibuja el espectro intelectual del que hizo parte la formación de Arboleda, muy cercano a la propuesta de Herskovits, y se pregunta, en sus propias palabras, “¿en qué términos ocurrió la aparición de los afrocolombianos en el horizonte discursivo de la antropología nacional?”. Encuentra la permanencia de una interesante tensión entre diacronía y sincronía en los estudios sobre afrocolombianos; dicha tensión se ve reflejada en cuestiones de método y teoría, etnografía y análisis de coyunturas frente a etnohistoria y perspectivas esencialistas, que resultan venirse fraguando desde tiempos del sacerdote jesuita. Por otra parte, el escrito resalta la estrecha relación

de las opciones teóricas y metodológicas que adoptaron nuestros intelectuales con aquellas propias de sus espacios de formación de posgrado; por tanto, estaban atadas a “verdades” constituidas por la teoría metropolitana y no construidas a partir de una reflexión acerca de la realidad de los sujetos de estudio ni, mucho menos, a partir del estudio de los principios de su propio pensamiento.

El caso de José Rafael Arboleda, si nos atenemos al argumento general del profesor Caviedes, no ha sido el único. En su artículo sobre el uso de teorías que las antropologías metropolitanas contemporáneas, y por ende la nuestra, considerarían caducas, advierte una fuerte presencia de ciertos principios de acción política, que considera estructural-funcionalistas, en la historia reciente de Colombia. Esto ocurre cuando nuestra antropología “se propone mediar en los conflictos entre el Estado y los pueblos indígenas”. Se pregunta, una vez ha dibujado el panorama: “si los funcionalistas se equivocaban, ¿por qué volvemos a aplicar su mirada?”. Cree que el problema tiene que ver con el abandono del estudio de las teorías clásicas. Tampoco aquí, en menos líneas, responderemos; pero podemos traer más argumentos para el debate. Creemos que si fuese el caso de que algunas manifestaciones de nuestra antropología (o alguna de nuestras antropologías colombianas) usasen principios teóricos del funcionalismo malinowskiano, el campo de fuerzas en el que son usados obliga a que los antropólogos manifiesten una opción política que, incluso en el caso de Malinowski, desborda ciertos principios teóricos. En otras palabras, la opción política, que puede perfectamente pensarse como opción epistemológica, proporciona un giro significativo de las reflexiones antropológicas desde el momento en que el pensamiento indígena (pero también el de las poblaciones negras del Chocó o el de los campesinos de Boyacá o de Tolima, etc.) deviene en la fuente principal del conocimiento que podemos ofrecer. Sea este el lugar para señalar la importante discusión que plantea el profesor Caviedes y para advertir que en su escrito hay ya una decidida opción por ver un conjunto de eventos propios de la historia de nuestra disciplina a través de una mirada antropológica.

La reflexión sobre el lugar que ocupa la antropología entre el Estado y las comunidades en donde estudia, y sobre el surgimiento de “corrientes de pensamiento” antropológico durante el mismo proceso,

es el tema del que se ocupa el profesor Correa en el presente número de nuestra revista. En 1940 el Congreso de Páztcuaro (México) sentó las bases del indigenismo estatal y planteó la necesidad de que, en cada país, los antropólogos propusieran mecanismos que permitiesen la aculturación dirigida para incluir a los pueblos indígenas en los proyectos de nación. Las distintas formas de resolver lo que entonces fue llamado “el problema indígena” marcaron, asegura el profesor Correa, “el derrotero de la antropología colombiana”. El autor plantea una paradoja inmensa al señalar que las antropologías nacionales, pese a que tendrían cierto estilo (al menos en el caso de los indigenismos que nacen en el seno de Instituto Etnológico Nacional), parecen reproducir los valores de la sociedad occidental moderna; valores que también encarnan las antropologías metropolitanas. Con esto el lector se preguntará si las antropologías periféricas pueden constituirse en opción de conocimiento, incluso objetivando la modernidad que las hizo posibles. El hecho mismo de que en su artículo el profesor Correa iguale los indigenismos en el marco general de un discurso moderno sobre la historia refleja que dicha objetivación ya empezó y, suponemos, va más allá de la exacerbación de la diferencia en el marco de la posmodernidad.

El último artículo de la sección *Pioneros* pretende ser un avance en la objetivación de la teoría antropológica desde una perspectiva antropológica. A partir de una visión que pretende observar en conjunto algunos de los correlatos materiales de la idea moderna de *tiempo* (la idea de historia, la aparición y el ensalzamiento de la melancolía, el renacimiento de los dioses paganos, entre otros), sostiene que allí es posible rastrear los orígenes culturales de la antropología misma; a la vez supone que en lugares tan críticos como la idea de tiempo, la más genuina pesquisa antropológica se realiza. Si es cierto que otras sociedades viven en otro tiempo, ¿será oportuno preguntarse si eso ocurre en una modalidad lógica distinta? Solo así podríamos creer que hay alternativas al desarrollismo y al horizonte sin límites del capitalismo. Pueden surgir lecturas críticas que señalen que pesquisas como esta serían meras especulaciones infundadas por abarcar procesos demasiado largos o por pretender reducir la modernidad occidental a un conjunto finito de motivos o, simplemente, por dejar en el tintero temas que se considerarían críticos. En *Maguaré*, por lo

pronto, tendrán un lugar. Quede así planteado este conjunto de discusiones en nuestro primer legajo.

### **Individuo, sociedad y mitología**

El conjunto de artículos que conforman la sección *Política y mitología en las Américas* presenta discusiones que oscilan entre dos polos: la relación entre individuo y sociedad, de un lado, y el estudio de los procesos de cambio social y cultural, del otro. En los casos del profesor Sánchez y del arqueólogo Guevara nos encontramos con el análisis de los procesos de cambio que sufren las sociedades en la larga duración; se trata de preguntarnos por el lugar del individuo, en el primero, y por las categorías que dan nombre a las formaciones sociales de las que hablamos, en el segundo. Rodríguez, por su parte, introduce la discusión acerca del lugar de la mitología en medio de un proceso de dominación colonial. El individuo, esa cara certidumbre de algunas formas de la teoría contemporánea, desaparece.

El profesor Sánchez discute, a partir de los resultados de su investigación sobre las formaciones sociales que ocurrieron en el Alto Magdalena colombiano, la idoneidad de la noción de *agencia* para explicar el cambio. El análisis de la desigual distribución del acceso a los medios de producción y la certeza de que junto a ello se realiza el monopolio de los símbolos de poder, de la forma que adopta el significado (la ideología), permite entender que la acción de los individuos se encuentra sumamente restringida. Deduce que postular como principio teórico la existencia de un individuo autónomo, protagonista de la historia, que desde cualquier lugar de la estructura social puede acceder a su cúspide, resulta una ilusión. Podríamos agregar que una ilusión idéntica convence a los individuos modernos de su particularidad y, enalteciéndolos, hace de ellos consumidores especializados.

La perspectiva que adopta Rodríguez para el estudio de la mitología no deja de advertir que en esta se naturalizan las relaciones de dominación. Propone que tres temas míticos que usualmente se han considerado propios del mundo andino no son más que realizaciones de la dominación española en América. Así, los mitos de Wiracocha-Tunupa, la no explotación minera del cerro de Potosí y el mito de Tata Santiago no serían más que formas ideológicas a través de las cuales se justificó el dominio español en los Andes centrales. Introduce

de esta forma una perspectiva histórica en el análisis de temas que usualmente han sido considerados o de forma sincrónica o como manifestación del horror a la historia en el mundo andino.

Desde un punto de vista que igualmente objetiva las condiciones de cambio de las sociedades, esta vez en el ámbito de las formaciones socioeconómicas, Guevara Chumacero propone considerar dentro de los modelos de evolución de las sociedades, como un momento tan complejo como el estado mismo y simultáneo en el espacio y en el tiempo, un tipo de formaciones para las que prefiere la denominación, según el caso, de “jefaturas” o “señoríos”. A la luz de los datos históricos, es evidente que en la América nuclear coexistieron diferentes formas de organización política que no han sido suficientemente consideradas debido al excesivo énfasis en las formas más visibles, los Estados. Este artículo, en nuestro medio, significa un desafío analítico y una ampliación del rango de las comparaciones que consideramos pertinentes ya que si es cierto que la monumentalidad no fue un correlato material de las sociedades que poblaron el área intermedia, es posible encontrar en el actual territorio de México formaciones sociales afines a los cacicazgos que datan, igualmente, del siglo XVI. Sea esta una buena ocasión para pensar y escribir más sobre teoría antropológica que sea útil en indagaciones históricas; y viceversa, que las pesquisas históricas desde la arqueología y la antropología histórica reviertan en elaboraciones teóricas o, por lo menos, las debatan. El espacio académico para presentar estas discusiones está a disposición de quienes lo quieran usar.

### **Violencia, agencia y Estado**

Dos artículos confluyen en el estudio de la violencia en Colombia. Uno desde la perspectiva teórica; el otro ofrece valiosa información empírica. Al contrario de los artículos contenidos en la sección anterior, los individuos, en cuanto sujetos, son materia de interés para el análisis de un fenómeno colectivo.

El psicólogo-historiador Pablo Aranguren, basado en Foucault y en el examen de los escritos hechos por excombatientes, analiza el modo en que “la guerra” desdibuja las particularidades de cada sujeto, aquello que lo haría individuo. Sin embargo, mediante la ejecución de estas tecnologías, el sujeto puede, según señala el autor, “emerger en resistencia a los ordenamientos bélicos”. Al parecer, los lugares donde

emerge dicha resistencia son dos: la muerte por “una causa”, que suele reintroducir al sujeto en donde hubo un guerrero, aunque reintroduce al sujeto en cuanto guerrero; y la posibilidad de escribir la historia del proceso de “disciplinamiento” y gracias a ello recobrar el lugar de sujeto no-desdibujado.

En el caso del antropólogo Nelson Pinzón, es claro el muy difícil lugar que ocupan los jóvenes de Altos de Cazucá (periferia de Bogotá) frente a los grupos paramilitares que han cobrado vitalidad en la periferia de la ciudad. Sobre todo, y en esto consiste su aporte, Pinzón describe la percepción que ciertas instituciones del Estado y algunos habitantes de la zona tienen de los jóvenes. El autor nos pone delante de un fenómeno crítico de la violencia en Colombia: el hecho de que las categorías culturales que reproducen la estigmatización y naturalizan el ejercicio de la violencia armada han sido usadas por el Estado para justificar el abandono de ciertos segmentos y la omisión de los hechos de otros segmentos de la población. Una manera diferente de decirlo, en Altos de Cazucá es evidente que tanto el control paramilitar como el ejercicio del Estado en el país tienen también una fuente de sentido que desborda los asuntos puramente militares o políticos. Sean estos dos documentos una nueva ocasión para volver reflexivamente sobre la violencia colombiana.

### **Bourdieu, teoría y perspectiva metodológica**

La perspectiva analítica de Pierre Bourdieu supone una robusta formulación teórica. Radcliffe-Brown sostuvo que una teoría es un sistema de conceptos que sirve para alumbrar la realidad. La teoría de Pierre Bourdieu ha sido un fértil reservorio de conceptos y estrategias metodológicas que han sido usadas para enfocar distintas realidades en América. Dos de los artículos que recogemos sirven como ejemplo. Uno de ellos se inspira en el clásico texto sobre el gusto: *La distinción*. El otro explora el campo del arte, no ya en la literatura como lo hiciera Bourdieu, sino en el de la danza en Buenos Aires (Argentina).

Uribe analiza la interpretación que un grupo de jóvenes trabajadores de Bogotá hace de la serie animada *Los Simpson*. Plantea la idea de que es posible establecer una relación entre esta interpretación y su posición social. El autor supone que dicha interpretación está mediada por ciertos principios de visión, estructuras cognitivas y gustos,

los cuales bosqueja con fragmentos de entrevistas a lo largo del texto y con extenso uso de mediciones estadísticas. Al tiempo, el reggaeton aparece como otro referente de identidad y de posición social que parece ir en contravía del gusto por *Los Simpson*. El supuesto básico es que el gusto se puede medir; y la conclusión, que en dichas elecciones se pone en juego una construcción de la identidad que participa del consumo cultural.

La antropóloga argentina Ana Sabrina Mora analiza, desde la teoría de los campos propuesta por Bourdieu, el juego de posicionamientos del que participa la enseñanza de la danza en Buenos Aires (Argentina). A partir de un estudio etnográfico que objetivó los profesorados en Danzas clásicas, Danza Contemporánea y Danza-Expresión Corporal, la investigación concluye que los procesos de construcción de corporalidades y de subjetividades en las y los jóvenes estudiantes de danza pueden ser analizados con recurso a los conceptos de *habitus*, juego y *campo*. Volvemos con este y el anterior artículo a preguntarnos por la relación entre las antropologías periféricas o no-metropolitanas y aquellas que por su alta visibilidad constituyen el eje de nuestras lecturas.

Si las opciones teóricas metropolitanas y en uso ofrecen los conceptos y las estrategias metodológicas que permitirían ver nuestra realidad, ¿para qué discutir las? Nuestra opción, contraria, es la de volver sobre las condiciones concretas de la práctica antropológica en los países no-metropolizados y proponer, desde allí, una teoría que sepa dialogar con la antropología más visible. Y como todo este asunto se ha vuelto de miradas sobre la realidad, creemos que es necesario preguntarnos cómo estamos mirando. Por eso en esta edición también inauguramos una sección que trata de responder, con imágenes, a una pregunta sobre imágenes.

### **Las imágenes y la antropología**

La antropología desde su constitución definitiva con la “carta magna” de la etnografía, como la llama Stocking, pero incluso desde antes, ha sido un inmenso repertorio de imágenes. Las aventuras etnográficas de Cushing, Best, Codrington, Spencer & Guillen, Czapliska, Morgan, Preuss, Koch-Grünberg, por mencionar unos cuantos, constituyen todo un arsenal de imágenes que hicieron posibles las



primeras especulaciones informadas de la teoría antropológica (incluso hasta las formulaciones de Lévi-Strauss). Fueron poderosas imágenes de sociedades vivas que de no haber participado en alguna medida de lo que Malinowski llamó “la magia del etnógrafo”, no seguirían siendo un lugar para imaginar cómo pudimos haber sido y cómo podríamos llegar a ser, de no ser por una cuestión puramente circunstancial.

En todos los casos, es bueno tener muy presente que la etnografía, estrategia epistemológica de nuestra disciplina, supone el acopio de un conjunto de impresiones sensoriales con las que se hace imperioso comunicar una modalidad de sentido. En una publicación puramente visual, como una revista, es apenas previsible que existan páginas para las imágenes o, mejor, para que por medio de imágenes propiciemos un acercamiento al sentido de la existencia en una clave distinta de la que habitualmente consumimos. Si es cierto que una buena etnografía es un manual para ser otro, en la sección *Antropología en imágenes* esperamos empezar a aprender a mirar el mundo con otros ojos.

En el reto que inicia este número se ha embarcado el profesor François Correa Rubio del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia. El conjunto de imágenes que conforman *Los nietos de la Anaconda ancestral* es producto de un dilatado trabajo de campo que inició en 1976. Para presentar estas imágenes, bastaría con decir que unas cuantas generaciones de antropólogos se han formado al amparo de portadas con imágenes de la selva tomadas por François Correa y saben reconocer en ellas cierto estilo. Es suficiente comparar las sucesivas portadas de nuestra revista para reconocer que esa marca, muy propia de la Universidad Nacional de Colombia, hace parte de nuestra forma de ver.

### **El lugar de las discusiones**

*Maguaré* no pretende haber agotado las discusiones que germinan en cada lectura ni en cada documento. Por eso, en lo sucesivo, dispondremos de un espacio para hacerlas visibles. Sabemos que la antropología es el conjunto de polémicas en las que nos sumergimos los antropólogos y por eso las cartas de lectores y autores tendrán un lugar de privilegio en la Revista. Esperamos presentarlas en el próximo número.

## Agradecimientos

A Liliam Salazar, estudiante de la Carrera de Antropología, quien abrió la convocatoria general para la publicación de artículos, de los cuales una parte nutre el presente número, e inició el seguimiento a la evaluación de aquellos que nos fueron propuestos. El tratamiento de los documentos que pasaron a un segundo momento de evaluación, la corrección inicial y gestión académica de los mismos, así como la recopilación de otros, fue labor de Andrés Ospina, sin quien este número no habría sido posible. Agradecemos al antropólogo Carlos Duarte por presentar un excelso conjunto de imágenes para que pudiésemos escoger la que sería portada de *Maguaré* n.º 21. De igual modo, a Sandra Acero, quien colaboró con la incorporación de numerosas modificaciones que requerían cuidado y fueron supremamente importantes. A Luis Alfredo Acero, por sus valiosos consejos sobre imágenes y diagramación. Agradecemos la cuidadosa corrección de estilo que nos procuró Dalilah Carreño, del Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas. De este mismo lugar, a Sofía Parra, quien ha sido un apoyo imprescindible a la hora de asesorar decisiones de las que somos enteros responsables. A Andrés Conrado Montoya, por su paciencia frente a nuestros constantes requerimientos en diseño y diagramación. A Victoria Argoty, quien amablemente corrigió las traducciones. A Camilo Baquero, director del Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas, por su generosidad con la revista *Maguaré* y por facilitar los mejores recursos. A Ximena Pachón, directora de la Revista, quien con su voto de confianza nos ha puesto delante de una tarea ardua, y a quien queremos responder con buenos frutos. Al antropólogo François Correa, quien se animó a mostrar en *Maguaré* un conjunto de imágenes de su trabajo de campo. Todos nuestros autores han sido inmensamente generosos con su tiempo y los resultados de su labor; desde esta línea nuestro agradecimiento.

LUIS ALBERTO SUÁREZ GUAVA  
Editor